

El Papa Adriano había ya escrito una refutación del escrito más notable de este herejarca, dirigida en forma de cartas al rey y á los obispos de la Galia, y había remitido un ejemplar á este monarca.

Dispuso Carlo-Magno que pasasen estos tres escritos á Elipando y á los otros obispos de España, y unió á ellos una carta que prueba cuánto merecía compartir con el gran Constantino así el título de obispo exterior como las demás prerogativas del imperio cristiano. Sin querer pasar en ella por teólogo, y sin traspasar los límites de la doctrina y la instrucción que deben adornar á todo fiel piadoso, no emplea más argumento que el de la autoridad y consentimiento de la Iglesia universal, lo cual efectivamente forma una prueba irrefragable en que siempre han de venir á parar y convenir los sábios y los que no lo son. La carta estaba concebida en estos términos que la harán digna de eterna memoria (1):

«Cárls, por la gracia de Dios, rey de los franceses y de los lombardos, patricio de los romanos, hijo y defensor de la Iglesia católica: á Elipando, metropolitano de Toledo, y á los demás obispos de España, salud y perseverancia en la fé y la caridad de Jesucristo propio y verdadero hijo de Dios. Como los sentimientos de nuestro afecto fraternal se extienden á todos los que profesan la Religión de Jesucristo, nos aflige mucho la opresión que fuera de nuestros dominios padeceis bajo el yugo de los infieles; pero todavía sentimos más el error que tiende á separaros de Jesucristo y de su Iglesia. Esto es lo que nos ha movido á reunir un Concilio de todos nuestros Estados para determinar de comun acuerdo lo que se debe creer acerca de la adopción que vosotros enseñáis con una novedad desconocida en toda la antigüedad eclesiástica. Hemos consultado sobre esta cuestión á la Santa Sede de Roma, depositaria y fiel observadora de las tradiciones apostólicas; hemos hecho venir de las islas Británicas hom-

(1) Tom. 7 Concilior. pag. 1049.

bres conusmados en las sagradas letras, y los hemos reunido á los obispos y doctores de la Galia, de Germania y de muchas provincias de Italia, para que con la concurrencia de tantas luces brillase más pura la verdad. Los frutos de toda esta doctrina es lo que ahora os enviamos, con testimonio de mi adhesión al juicio de estos preladados, según la súplica especial que me hicisteis de que no me dejase sorprender de las opiniones de un corto número, sino que me conformase con la fé atestiguada por más votos y pareceres. Tal ha sido la senda que he seguido, prefiriendo esta santa multitud á vuestro corto número. Me uno con todo mi corazón á la Santa Sede apostólica, y abrazo las tradiciones conservadas desde el nacimiento de la Iglesia, y la doctrina de los libros inspirados de Dios, y la de los Padres que los han explicado en sus piadosos escritos.

»Me suplicásteis que mandase leer vuestra Memoria en nuestra presencia, y examinase su contenido conforme á la verdadera fé. Ya se ha leído en el Concilio artículo por artículo, desde el principio hasta el fin. Todos y cada uno gozaron la libertad de manifestar su opinión: yo, como me lo pedíais, asistí á la reunión de los obispos. Después de un maduro examen con el auxilio de Dios se ha decidido lo que en este punto se debe creer. Ahora os ruego abrazeis con espíritu de paz nuestra confesión de fé, y que no os tengáis por más instruidos que toda la Iglesia. Me proponéis el ejemplo del gran Constantino, diciendo que San Isidoro alabó el principio de este y lloró su fin; y me advertís que para precaverme de la misma desgracia me guarde de los aduladores. Yo suplico á todos los hijos de la Iglesia que unan sus oraciones á las mías, para lograr del cielo que nunca las lisonjas y falsas alabanzas me aparten de los caminos de la verdad. Tenemos por guía al Sumo Pontífice y al Concilio, y si vosotros afirmádoos en el mismo fundamento no renunciáis á la novedad de vuestras opiniones, sabed que os tendremos absolutamente por hereges, y no nos atreveremos á comunicar con vosotros. Antes que nos hubiésetis escandalizado con vuestra invención del Cristo adop-

tivo, os amábamos como á tiernos hermanos, y el heroísmo de vuestra fé en medio de la servidumbre nos consolaba de lo que teníais que sufrir. Habíamos también determinado libraros de ella, y emplear para esto todo nuestro poder; pero vuestra pertinacia os privaría así de la participación de nuestras oraciones como del socorro de nuestras armas.

Inútil fué el celo de Carlo-Magno para los que eran gefes de la secta; mas como la Cataluña, donde está Urgel, estaba sujeta á su obediencia, procuró librar de la seducción á lo menos esta provincia. Celebróse en ella un Concilio (799) y otro en Aquisgran; en el mismo año fué depuesto Félix, á quien por esta vez no le habían podido reducir á condenar sus errores, sin embargo de costarle poco las retractaciones y los perjuros. Abjuró muchas veces en otras ocasiones, y algunas con efusión de lágrimas y con tan públicas señales de arrepentimiento, que parecía cerrar del todo la puerta para no recaer en la heregía; pero por más que había hecho y dicho, nada le impedía volver á sus errores (1). Sin embargo, como al fin de su carrera se escedió á sí mismo en el arte de fingir, apenas se dudó ya que estuviese sinceramente convertido; pero Carlo-Magno, para mayor seguridad, le desterró á Lyon, para que estuviese á la vista del arzobispo Leidrado, hombre hábil y católico celoso. Demasiado justificó el infeliz la idea que el monarca tenía del genio del error, de la pertinacia y perjuración de los gefes del partido. Allí murió en la exterior profesión de la fé católica, pero con todos los sentimientos de la impiedad que pareció no haber dejado jamás verdaderamente. Hallaron entre sus papeles después de su muerte un escrito de su mano en que se gloriaba de su herética perseverancia, y retractaba sus mismas retracta-

(1) Tom. 7 Concilior. pag. 858.

ciones. Algunos autores afirman que Elipando, más arrebatado y de menos doblez que Felix, se arrepintió de veras y murió en el gremio de la Iglesia; mas sus pruebas son muy débiles para asegurar un prodigio tal como la conversión de un herejarca. Sea de esto lo que fuere, aquella heregía hizo pocos progresos, así por el vigor y vigilancia del gobierno, como por la concordia y buena armonía del episcopado.

Alcuino, que concurrió al Concilio de Francfort y ocupaba el primer lugar entre los sábios de Inglaterra convidados á concurrir á él, fué el que la impugnó con más fuerza, así de viva voz como por escrito. Nacido de una familia ilustre por la nobleza y la opulencia, desde su tierna edad se había instruido en las ciencias en el monasterio de la catedral de York. Su arzobispo que se complacía en cultivar por sí mismo sus buenas disposiciones, solía decirle: «Tú estás destinado para confundir los enemigos de la Iglesia, en cualquiera parte que oseen presentarse.» Carlo-Magno, que poseía en el más alto grado el talento más necesario á los que ocupan el trono, que es el arte de conocer los hombres y apreciar el mérito, desde la primera vez que vió á Alcuino en Parma en su segundo viaje á Roma año de 780, descubrió cuanto valía este sugeto (1). Aficionósele desde entonces, pero le dejó cumplir la comisión de llevar el pálio á Embaldo, arzobispo de York, que le había enviado al Papa Adriano, y así continuó su viaje porque le interesaba al Pontífice. Pretendía Adriano con la autoridad del rey reducir á la razón á Leon, arzobispo de Rávena, que ensoberbecido por la dignidad de esta ciudad, residencia de los exarcas y algunas veces de los emperadores, quería como los Papas tener grandes

(1) Egin. Vit. Car. M.; Act. SS. Bened. tom. 5, pag. 162 etc.

dominios y formarse Estados. Ya se había puesto en posesión de Faenza, Forlì, Bolonia, Cesena, y de la mayor parte de las ciudades de la provincia de Emilia y del ducado de Ferrara, diciendo que se las había dado el monarca con toda la Pentápolis. No fué fácil poner fin á estas disputas con la llegada del rey, y solo finalizaron con la muerte del arzobispo Leon.

Alcuino regresó á Francia á defender la fé contra Elipando y Felix, á los que impugnó con los mejores escritos que en aquella ocasion se presentaron, y siguió haciéndose memorable con las abundantes producciones de su pluma en favor de la Religión, de las que todavía poseemos un volumen bastante considerable. Han pretendido algunos críticos que tuvo parte en la composición de los libros Carolinos; pero es difícil conciliar esto con su espíritu de moderación y el profundo respeto que muestra á la Santa Sede en todas las obras de que indudablemente es autor. Todavía eran mas estimables su piedad y modestia que su erudición. Algun tiempo despues del Concilio de Francfort, quiso abandonar enteramente el mundo y sepultar sus talentos en una soledad; pero Carlo-Magno, deseando por lo menos fijarle en el reino, le dió la abadía de San Martin de Tours, aunque segun la costumbre de aquel siglo tenia ya otras muchas. Sin embargo, los novadores que tienen siempre los ojos abiertos para buscar defectos en los que no son de su partido, no cesaban de publicar en sus injuriosas exageraciones que poseía en tierras y en esclavos lo que bastaria á satisfacer la ambición de los reyes. Contestó con mucha modestia, y mas con sus obras que con sus palabras, que todo era de la Iglesia y de los pobres de Jesucristo, y que él no tenia mas parte que la administracion. Instó Carlo-Magno muchas veces á que le acompañase á Italia, en donde las facciones

hacian tantas veces necesaria su presencia; pero él se eximió constantemente sin dejarse doblar por la ironía que algunas veces es mas sensible á la piedad que las serias reconvenciones. Chanceándose el príncipe y hablando con él comparaba las paredes llenas de humo de la Turena con los palacios dorados de los romanos, y Alcuino le replicó: «nosotros, Señor, en nuestras humildes habitaciones gozamos de las dulzuras de la paz que nos habeis procurado, al paso que Roma, regada en su fundacion con la sangre de hermanos, parece que siempre conserva aquel funesto espíritu de discordia. O yo me equivoco, ó por mas que afirméis en contrario, dejais con sentimiento la oscura y pacífica sencillez de la Germania por esa tumultuaria magnificencia.» Así no perdía ocasion de pedir al rey que le permitiese disfrutar de las dulzuras de la soledad, á la que mostró tal afición que se ha creído que estaba obligado á ella por la profesion monástica; pero es mas verosímil que era solamente canónigo.

Además de que en aquel tiempo comunmente los abades de los monasterios eran clérigos ó canónigos, sabemos por otra parte que los monges de San Martin de Tours, á quienes gobernaba, mudaron por entonces de estado. Se ha conservado un testamento de dos hermanos, llamados Haganon y Adyutor, que se titulan canónigos de Tours desde principios del reinado de Ludovico Pio, sucesor inmediato de Carlo-Magno. Abrazaron poco despues la vida canonical los monges de Agauno, y como el estado monástico se había estendido demasiado para no relajarse, y la regla de San Crodegango había hecho por todas partes una útil mudanza en el clero, se permitió que muchos monasterios siguiesen el ejemplo de los de Tours y de Agauno, porque pareció mas posible hacer buenos canónigos de aquellos monges ya relajados, que redu-

cirlos de la relajacion á la regularidad primitiva.

El monasterio de Tours, bajo la direccion de Alcuino que en los tres ó cuatro últimos años de su vida no salió de él, se hizo una de las escuelas mas célebres del Occidente. Este grande hombre, mirado con justicia como restaurador de las letras que se hallaban reducidas casi á la nulidad por la larga sucesion de reinados bárbaros, había establecido primeramente en palacio una escuela en la que Carlo-Magno y todos los personages mas distinguidos por la nobleza y el ingenio tuvieron á honor ser sus discípulos. Allí aprendió el rey la retórica, la dialéctica y la astronomía, que le gustaba singularmente, y empleó en ella mucho tiempo. Era elocuente, se esplicaba con nobleza y facilidad, y sabia las lenguas extranjeras. Por esto se puede conocer el disparate de los que se atreven á decir que este príncipe no sabia escribir: fábula pueril á la que solo pudo dar curso el amor á las paradojas. Carlo-Magno hablaba tan bien el latin, como su lengua materna, que era la alemana: hablaba medianamente el griego y lo entendia perfectamente.

Además de la escuela de Tours y la del palacio que continuó en los siguientes reinados, y parece haberse instituido en Aquisgran, residencia ordinaria de los príncipes y en la que había una rica biblioteca, el gusto del soberano y la emulacion de los súbditos formaron otras distinguidas en varias catedrales y monasterios. Teodulfo de Orleans, otro restaurador de las letras, estableció hasta cuatro muy famosas en su diócesis. La de Leon no se hizo menos célebre. Las mas famosas de los monasterios eran las de Corbia, Fontenelle, Prum, Fulda, San Galo, San Dionisio, San German de Paris, y San German de Auxerre, la de Ferriere, y la de Aniano, y en Italia la de Monte-Casino. Por los escritos de Al-

cuino se vé cuál era el estado de las letras en aquella especie de colegios. Además de la Santa Escritura ó la teología, objeto capital á que se referia todo lo demas, se enseñaban en ellos las siete artes liberales, cuya idea parece haberse tomado en las obras de Casiodoro, y se contaban en este número las siguientes: gramática, retórica, dialéctica, y los cuatro ramos de las matemáticas; esto es, la aritmética ó el cálculo numérico, la música, muy estimada entonces aunque imperfectísima, la geometría y la astronomía. Alcuino trata en sus escritos de todas estas ciencias aunque como de paso, porque la mayor parte de sus obras son tratados de teología.

En todas sus producciones se advierte cuáles eran los defectos del ingenio y aun mas los del gusto de su tiempo. Los escritores de aquella edad nada tienen de original, no presentan mas que hechos descarnados y un monton de erudición mal digerida, sin orden ni método, con repeticiones sin número y cansadas relaciones. La dición no es pura ni elegante, los pensamientos son comunes aunque recargados de adornos afectados, y los discursos mal seguidos muchas veces y poco concluyentes. Bien que por otra parte no se hallan en aquella edad esos arrosos temerarios que hoy tienen el lugar de ingenio, ni esa manía tan funesta á la Religión de decir cosas nuevas y extraordinarias; pues se mantenía la tradicion en toda su sencillez y pureza. Muchas personas de talento creían que el tiempo que les sobraba no podían emplearle mejor que en trasladar las obras de los antiguos, y á estos tiempos que tanto se desprecian, debemos por disposicion muy digna de la Providencia la mayor parte de los buenos libros de la antigüedad, así sagrada como profana: depósito infinitamente mas apreciable que las invenciones de las edades posteriores, menos cultas que presumidas. Lo mas dé-

bit que se halla en los autores de la edad média son las poesías, las cuales apenas pasan de ser una prosa medida y que muchas veces es mas llana que la sencilla prosa por el afán de sujetarse estrictamente á la medida.

Alcuino, con ser tan superior á los hombres de su siglo, no se preservó del contagio de aquel gusto; su estilo tiene fuerza, pero sin amenidad ni pulidéz; y aunque era maestro en gramática, hormiguea en faltas contra las reglas del arte, particularmente en sus poesías, en las que se halla ingenio y abundancia de palabras, pero poca elegancia y corrección. Por una consecuencia mal sacada de un principio de devoción, prohibía á los poetas cristianos la lectura de los poetas antiguos y aun la de Virgilio. Era sin duda eminente su piedad, la que especialmente manifestó en el aumento de fervor y en los sentimientos llenos de fé y cristiano valor con que se preparó para el último trance (804). Su muerte, tan ejemplar como su vida, dió por mucho tiempo abundante materia de edificación al reino que habia ilustrado en sus doce últimos años que pasó en él. Aunque algunos martirologios le dan el título de bienaventurado, y la crónica de Tours le califica de Santo, no se encuentra que se le haya dado ninguna especie de culto.

Carlo-Magno sintió sinceramente la muerte de este doctor, porque le miraba, y con justicia, por el hombre mas hábil y el mejor ingenio de su tiempo. Manifestó doble cuidado de que los estudios que los dos habian establecido no decayeran por haber faltado este celador laborioso. Tuvo siempre presentes los altos fines que le habia inspirado Alcuino, diciéndole sin cesar que era necesario convertir la Francia en una Atenas cristiana; y así las ocupaciones del gobierno no interrumpian su afán de hacer progresar las ciencias y la Religión. Obliga-

do á empuñar de continuo las armas, tan solo hacia la guerra con el fin de procurar en la paz la prosperidad del Estado, y de hacer que floreciese en la concordia la Religión de un Dios que se inmoló por la felicidad de los hombres.

Tasillon, duque de Baviera, vasallo y sobrino del monarca, habia tomado de su esposa, hija de Didier, último rey de los lombardos, el odio á la Francia. Ariquiso, otro yerno de Didier, temible por la situación de su ducado de Benevento, ofrecía á la emperatriz Irene, que á la sazón estaba en discordia con los franceses, abrazar su partido si se le declaraba patricio de Nápoles y de Sicilia. Adalgiso, hijo de Didier y que continuaba refugiado en Constantinopla, se disponía para regresar á Italia con el intento de ascender al trono de sus padres. En las estremidades del Norte y del Occidente, los sajones tantas veces domados y nunca sometidos, solo aguardaban la ocasión para correr á las armas. Por último, los hunos ó húngaros que vivían en la parte oriental de la Panonia tenían ya dispuestos dos ejércitos contra Carlo-Magno, uno para entrar en Baviera á socorrer á Tasillon, y otro para volver á Italia á sostener á Adalgiso.

Avisado de todo el rey, á todo hizo frente. Hallábase ya por tercera vez en Italia, y pasó en ella el invierno el año 787 corriendo de Roma á Cápua contra el duque de Benevento con quien entró en negociaciones para evitar la ruina de las iglesias y de los monasterios. De retorno en Roma añadió á la primera donación, que tenía concedida á la Iglesia romana, las ciudades que acababa de tomar al duque de Benevento, siendo Cápua la principal. Temió el duque de Baviera al ver venir sobre sus Estados la tempestad que tan amenazadora se presentaba, y procuró conjurarla con unas modificaciones tan fuera de propósito y unos procederes tan poco sinceros, que el

mismo Papa los reputó perjuros mal paliados. Por esta razón declaró el Papa (y es la primera decisión pontificia de esta naturaleza) que el rey Carlos y su ejército no serian responsables de los males que la guerra causase en Baviera. Los generales del monarca derrotaron en esta provincia y en la de Friul á los hunos, auxiliares de los bávaros. Hicieron prisionero al duque, le condujeron á Francia, y allí en pleno parlamento se le convenció jurídicamente de traición. Condenáronle á muerte los señores (788); pero el rey se contentó con que se le cortase el cabello y se le encerrase en la abadía de Jumiega (1). Adalgiso, por otra parte, hijo del rey Didier, verificó demasiado tarde el desembarco en Italia con el ejército de los griegos. Había muerto entretanto Ariquiso, duque de Benevento, y como su hijo Grimaldo fué fiel á los franceses, se frustraron todas las medidas del príncipe lombardo, y no pudo presentar sino combates de poca importancia en los que casi siempre salió vencido. Por último, vióse obligado á regresar á Constantinopla y representar sin esperanza el triste papel de príncipe escluido del trono de sus padres, despues de haber hecho tan poco honrosas tentativas para recobrarle.

El rey, vencedor de tantos enemigos, resolvió casar su hijo mayor y fijó los ojos en la hija de Offa, rey de los mercienses, que era el que en Inglaterra habia reducido otros muchos príncipes á una dependencia absoluta. Digno émulo de Carlo-Magno, cuya confianza habia logrado captarse por la semejanza en las virtudes, no cesaba de hacer brillar su celo en favor de la Iglesia. Él fué principalmente quien procuró se reuniesen Concilios, uno en un lugar de sus Estados que no se nombra, y otro en Cal-

cuth (787) en el país de Nortumberland (1). Los dos reyes, Offa y Elfoul, cada uno en sus dominios, se reunieron con los grandes, los obispos y los legados de la Santa Sede. Los príncipes vecinos, y señaladamente Cuniulfo, rey de Ouessex, accedieron á aquellas diversas resoluciones, de modo que estos dos Concilios equivalieron á un Concilio general de toda la Inglaterra. Aboliéronse allí muchas observancias estrañas y supersticiosas, como servir al altar con las piernas desnudas; ofrecer el santo sacrificio en vasos de asta, pintar ó salpicar la piel á la manera de los pictos, comer carne de caballo, consultar los augurios y la suerte para fallar en los procesos. Con el objeto de corregir el abuso muy comun de casamientos ilícitos, escluyeron de toda sucesión á los bastardos. Declararon inhábiles para el trono á los mismos príncipes que no hubiesen nacido de legitimo matrimonio, y prohibieron que los electores ordinarios, obispos y señores, les diesen su voto. Prohibese tambien que á las iglesias se impongan mayores tributos que los que permiten la ley romana y la costumbre de los príncipes piadosos. Aunque Carlo-Magno se lisongeaba mucho con la alianza de un príncipe tan poderoso y cristiano como Offa, no llegó á verificarse, porque el rey de los mercienses pedía al mismo tiempo una infanta de Francia para su hijo, y el monarca francés, por una de aquellas debilidades que padecen tambien los mayores hombres, no se pudo resolver á casar su hija en país extranjero.

Dedicóse entonces mas que nunca Carlo-Magno á procurar todo el esplendor posible á la Religión, y así se observa gran número de Concilios que él hizo celebrar para reformar abusos y poner en vigor en las diferentes iglesias las leyes y cánones de los Concilios anteriores. Aun en sus actos mismos de le-

(1) Eginard, ann. 788.

B. del G., tomo XVII. —IV. —HISTORIA ECLESIASTICA.—Tomo II.

(1) Tom. 6 Conc. p. 1861,